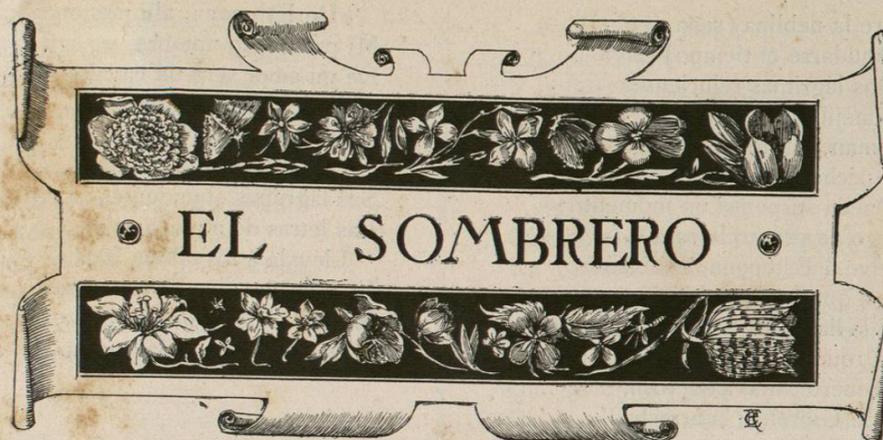


¡Dios!... ¡pobre Vargas! absorto,
Sin voz, sin alma, y en hielo
Convertido, ni respira.
Ojos cual los de un espectro
Gira en derredor; se ahoga
Sin respiracion su pecho.
Volviendo en sí un corto instante,
Oye llorar allá dentro;
Cuando se abre lentamente
Una puerta que al momento
Se cierra, y un sacerdote
Que por ella sale, lleno
De lágrimas el semblante
(De dar en vano consuelo
Viene á una madre infelice),
Queda inmoble á Vargas viendo.
Vargas lo mira, y no alienta;
Mas tras de breve silencio
Rompe al cabo, y le pregunta
Con un angustiado esfuerzo:
«¿Dónde está?»... Quedóse helada
Su lengua. Fáltale aliento
Al turbado sacerdote,
Y con agitado aspecto
Alza el rostro, y levantando
La diestra, señala al cielo.
Vargas le comprende; arroja
Un alarido de infierno;
Huye veloz, la escalera
Baja delirante, ciego,



Nada ve, corre cual loco
Por las calles, y muy presto
Desaparece.—En Sevilla
La noticia cunde luego
De su llegada: le buscan
Sus amigos y sus deudos.
Todo, todo en vano: algunos
Dan señas de que le vieron
Junto á la Torre del Oro,
Cuando el sol ya estaba puesto.

En un remanso, que forma
El Guadalquivir, no léjos
De Gelves, á las dos noches
Unos pescadores vieron,
A la luz de escasa luna,
De un jóven ahogado el cuerpo
Vestido aún. Procuraron
Compasivos recogerlo;
Pero al llegar con la barca,
Y al agitar con los remos
El agua, veloz corriente
Llevó el cadáver. Suspenso
Siguiéronlo un corto rato
Con los ojos, y muy presto
Fué leve punto en las aguas,
Y de vista lo perdieron.



ROMANCE PRIMERO

LA TARDE

Entre Estepona y Marbella,
Una torre fulminada,
Hoy nido de aves marinas,
Y en otro tiempo atalaya,
Corona con sus escombros
Una roca solitaria,
Que se entapiza de espumas,
Cuando las olas la bañan.
A la derecha se extiende
Una humilde y lisa playa,
Cuyas menudas arenas
Humedece la resaca;
Y oculta entre dos ribazos
Forma una escondida cala,
Abrigo de pescadoras
O contrabandistas barcas.
A este temeroso sitio,
Mientras lento declinaba
A ponerse un sol de otoño
Entre celajes de nácar,
Estando el viento adormido
La mar blanquecina en calma,
Y sin turbar el silencio
De las voladoras auras,
Sino el grito de un milano
Que los espacios cruzaba,
Y los de dos gaviotas,
Cuyo tálamo era el agua;
La divina Rosalía,
La hermosa de la comarca,
Fugitiva y anhelante
Llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros
Cubre un pañolon de grana,
Dejando ver negras trenzas,
Que un peine de concha enlaza;
Y de seda una toquilla,
Azul, rosa, verde y blanca,
Que las formas virginales
Del seno dibuja y guarda.
Su gallardo cuerpo adorna
De muselina enramada
Un vestido; con la diestra
Recoge la undosa falda,
Y el pié primoroso y breve,
Que apenas su huella estampa
En la movediza arena,
Más limpio desembaraza.
Bajo el brazo izquierdo tiene
Un envoltorio de nada,
Cubierto con un pañuelo,
Do el jalde y rojo resaltan.
¡Inocente Rosalía!
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!
¡Cuál su semblante divino,
Lleno de vida y de gracia,
Desencajado se muestra!...
¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...
Está haciendo, bien se advierte,
Un grande esfuerzo su alma.
Sí, los ojos brilladores,
Los ojos que tienen fama
En toda la Andalucía,
Por su fuego y sus pestañas,
En el peñon, que lejano
Apénas se dibujaba

Entre la neblina (seña
De mudarse el tiempo) clava.

Dos lágrimas relucientes
Sus mejillas deslustradas
Queman, un hondo suspiro
Del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento:
Luego de pronto la cara
Vuelve á Estepona, temblando:
Juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto... ¡Ay triste!
Mas ¿qué importa? Otra, más alta,
Más fuerte, más poderosa,
Desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentóse,
De la hundida torre basa;
Miró en torno, y de su seno
Sacó y repasó esta carta:

«Sí, mi bien; sin tí la vida
Me es insoportable carga;
Resuélvete, y no abandones
A quien ciego te idolatra.

»Contigo nada me asusta,
Sin tí todo me acobarda;
Mi destino está en tus manos:
Ten resolución, y basta.

»Resolución, Rosalía,
Cúmpleme, pues, tus palabras:
No tendrás que arrepentirte,
Te lo juro con el alma.

»En cuanto venga la noche,
Volveré sin más tardanza
Al sitio aquel que tú sabes,
En una segura lancha.

»Espérame, vida mía:
Si no te encuentro, si faltas,
Ten como cierta mi muerte.
Corro al momento á la plaza.

ROMANCE SEGUNDO

LA NOCHE

Entró la noche; con ella
Despertándose fué el viento,
Y el mar empezó á moverse
Con un mugidor estruendo.

Las nubes entapizando
El oscuro y alto cielo,
La débil luz ocultaban
De estrellas y de luceros.

No había luna; densas sombras
En corto rato envolvieron

»De Estepona, allí pregono
Mi proscrito nombre, y paga
De mi amor será un cadalso
Delante de tus ventanas.»

Se estremeció Rosalía,
No leyó más, y borraban
Sus lágrimas abundantes
Las letras de aquella carta.

Llévala á los labios fríos,
La estrecha al seno con ansia,
Mira al cielo, *Estoy resuelta*,
Dice, y se consterna y calla.

Torna al peñon (que parece
Una colosal fantasma
Con un turbante de nubes,
De nieblas con una faja)

La vista otra vez. La extiende
Por la mar, que muerta y llana,
Fundido oro se diría
Del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto
Que se mueve á gran distancia:
Ya se muestra, ya se esconde.
¿Será?... ¡oh Dios!... ¿Será?... La escasa

Luz del crepúsculo todo
Lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
Los resplandores, que aun marcan

La línea del horizonte,
Sigue. Una nube la espanta,
Que por el Sur aparece,
Oscura y encapotada;

Y aun más el ver acercarse
Por allí dos velas blancas,
Cuyas puntas ilumina
Del sol ya puesto la llama.

Tierra y mar. De Rosalía
Ya desfallece el esfuerzo.
Arrepentida, asombrada,
Intenta... No, no hay remedio.

Cierra los ojos, é inclina
La cabeza sobre el pecho.
La humedad la hiela toda,
Corto abrigo es el pañuelo;

Tiembla de terror su alma,
Tiembla de frío su cuerpo.

Si cualquier rumor la asusta,
Más sus mismos pensamientos;
Pues ni uno solo le ocurre
De esperanza ó de consuelo.

Las velas que ha divisado
Cuando el sol ya estaba puesto,
La atormentan, la confunden.
Las ha conocido: ¡cielos!

Son, sí, las del guarda-costa,
Jabeque armado y velero,
Terror de los emigrados,
De contrabandistas miedo.

¡Infelice Rosalía!...
A las ánimas de léjos
Tocar las campanas oye
De la torre de su pueblo.

¡Oh cuánto la sobresaltan
Aquellos amigos ecos!
Párecelle que son voces
Que la nombran.—Gran silencio

Reinó despues largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
Llegan á besar la peña,
De Rosalía los tiernos

Piés mojan... y no lo advierte:
Clavada está. Los destellos
De la espuma que se rompe,
Secas algas revolviendo,

La deslumbran. De continuo
La reventazon inciertos,
Fugitivos grupos blancos
Le ofrecen del mar en medio,

ROMANCE TERCERO

LA MAÑANA

Raya en el remoto oriente
Una luz parda y siniestra;
A mostrarse en vagas formas
Ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso
Ofrece naturaleza,
Las olas como montañas,
Movibles y verdinegras

Se combaten, crecen, corren
Para tragarse la tierra,
Ya los abismos descubren,
Ya en las nubes se revientan.

Rómpense en las altas rocas
Alzando salobre niebla,
Y la playa arriba suben,
Y luego á su centro ruedan

Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos
Y la proa de un esquife
Las causan... ¡Vanos deseos!

Así pasó largas horas,
Cuando un lampo ve de fuego
En alta mar, y en seguida
Oye al cabo de un momento
¡Poumb!... y retumbar en torno
Como un pavoroso trueno,
Que se repite y se pierde
De aquella costa en los huecos.

Ve pronto hácia el lado mismo
Otros dos ó tres pequeños
Fogonazos; mas no llega
El sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada...
¡Poumb! otra vez... ¡Dios! ¿qué es esto?
Repitiéndose perdióse
Este són como el primero.

No hubo más: creció furioso
El temporal, y más recio
Sopló el sudoeste; las olas
De Rosalía el asiento

Embisten, de agua salobre
La bañan; estar más tiempo
No puede allí: busca abrigo
De la torre entre los restos.

La lluvia cae á torrentes,
Parece que tiembla el suelo;
Dijérase ser llegada
Ya la fin del universo.

Con un asordante estruendo:
Silba el huracan, espesa
Lluvia el horizonte borra,
Y lo confunde y lo mezcla.

La infelice Rosalía,
Toda empapada, cubierta
Con el pañolon mojado,
Que ó bien la ciñe y aprieta,

O agitado por el viento,
Le azota el rostro y flamea,
Volando ya desparcidas
Fuera de él las negras trenzas;

Falta de aliento, de vida,
El alma rota y deshecha,

Asida de los sillares
Se aguanta inmóvil y yerta.

Aparicion de otro mundo,
Sífida, á quien maga artera
Cortó las ligeras alas,
La juzgaran si la vieran.

Tiende espantados los ojos
Por el caos: nada encuentra
Que socorro ó que consuelo
En tal apuro la ofrezca.

Descubre que una gran ola,
Que tronadora se acerca,
Entre las blancas espumas
Envuelve una cosa negra:

De ella no aparta los ojos,
Ve que en la playa se estrella,
Que al huir deja un sombrero
Rodando sobre la arena,

Y una tabla.—Rosalia
Salta de las ruinas fuera,
Corre allá, miéntras las olas
Se retiran. No la aterra

Otra mayor, que se avanza
Más hinchada, más soberbia.
Ve en el madero lavado
Los restos de sangre fresca...

Coge el sombrero... ¡infelice!
Lo reconoce... Las fuerzas
Le faltan, cae, y al momento
Precipítase sobre ella

Una salobre montaña
Que la playa arriba entra,
Y rápida retrocede,
No dejando nada en ella.

Cual si dar, tan sólo objeto
De la borrasca tremenda,
Lecho nupcial en los mares
A dos infelices, fuera;



A templar su furia ronca
Los huracanes empiezan,
Bajan las olas, la lluvia
Se disminuye, y aun cesa.

Rómpele el cielo de plomo,
Y por pedazos se muestra
El azul, que ardientes rayos
De claro sol atraviesan.

Ya se aclara el horizonte;
Por el lado de la tierra
Fórmanlo azules colinas,
Que aun en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura,
Movable, la forma y cierra
Del lado del mar, y asoma
La claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,
Aunque es la resaca recia,
Torna al mundo la esperanza
De prolongar su existencia.

En esto una triste madre
Y un tierno hermanillo llegan,
Buscando á su Rosalia,
A aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,
Muertos de cansancio y pena,
Tienden en reedor los ojos
Y nada ¡oh martirio! encuentran.

Al retroceder las aguas,
Unas femeniles huellas
De pié breve reconocen
Estampadas en la arena...

«¡Rosalia!... ¡Rosalia!!!»
Gritan, y no oyen respuesta.
Van á la arruinada torre,
Y hállanse sobre una piedra

Un envoltorio deshecho
Entre fango, espuma y tierra,
Y un pañuelo rojo y jalde,
Que le sirve de cubierta.

LEYENDA PRIMERA



DEDICADA Á DON JOSÉ ZORRILLA

INTRODUCCION

Si envolviste mi nombre en el perfume
De tu *silvestre*, mágica *azucena* (1),
En donde se compendia y se resume
Toda la gala de tu rica vena;
De agradecida mi amistad presume,
Y mi voz, aunque ya cascada suena,
El don te ofrece de sabroso cuento,
A quien da otra azucena el argumento.

No es contender ni competir contigo,
En quien de Calderon arde la llama;
Que solamente admiracion abrigo
Por tu renombre y brilladora fama:
Pues raros hay que desde tiempo antiguo
Merezcan como tú la verde rama,
Que corona tu sien, claro Zorrilla,
Lumbrera del Parnaso de Castilla.

¿Ni cómo competir númen helado,
Que al occidente rápido declina,
Con el que jóven en zenit sentado,

Bebe del sol la inspiracion divina?...
Oiga tu acento el orbe entusiasmado,
Las nubes cruza, entre los astros trina;
Miéntras tocando el fin de mi viaje,
Doy tibia luz á un pálido celaje.

Fe santa y verdadero patriotismo
Dieron voz á los bélicos clarines,
Despertando el valor y el heroismo
De los nobles hispanos paladines,
Para lanzar el torpe mahometismo,
Que aun del reino asombraba los confines,
Y plantar de Granada en el turbante
La bandera del Gólgota triunfante.

Resonó por los ámbitos de España,
Que el mar circunda y el Pirene cierra,
Conmoviendo hasta la última cabaña,
El santo grito de tan justa guerra.
Y llegó pronto á una feraz campaña,
Que en torno abriga de Leon la sierra,
De Nuño Garceran antiguo estado,
Por sus mayores con valor fundado.

(1) Zorrilla habia dedicado pocos meses ántes al autor su leyenda titulada *La Azucena Silvestre*.